

**ANTONIO RUIZ DE MONTOYA**  
**El hombre - El Santo - El Apóstol - El Maestro**

El P. Antonio Ruiz de Montoya, preclaro jesuita limense, con toda justicia ha sido llamado “apóstol máximo de las reducciones guaraníes”<sup>20</sup>, en las que trabajó cerca de treinta años.

**I. El hombre**

A fines del siglo XVI, entre 1582 y 1585, en la señorial Ciudad de los Reyes, bañada por el Rímac que le diera el nombre que ha prevalecido, Lima, vio la luz Antonio Ruiz de Montoya, cuando regía aquella porción del rebaño de Cristo otra lumbrera de la Iglesia en América: Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo. Por esos tiempos, colmaban el ambiente de la ciudad virreinal la fama de la vida angélica y penitente de santa Rosa y la taumatúrgica sencillez de san Martín de Porres y desde allí, también, saldría para llevar la luz del Evangelio a los indios de nuestro Noroeste Francisco Solano, tan querido y recordado aún hoy en todo el antiguo Tucumán.

Tiempo de grandes santos, de grandes escritores, de grandes capitanes fue aquel bien llamado Siglo de Oro; no sólo por el brillo de las artes y la gloria de las armas, sino también y sobre todo, por el resplandor de la santidad. España generosa no guardó para sí esos tesoros, sino que los volcó sin regateos en sus Indias, nuestra América. Testigos, un Inca Garcilaso, un Juan Ruiz de Alarcón, un Hernandarias de Saavedra, y, entre los santos, además de los ya nombrados, la Azucena de Quito, para no mentar más que a los que han subido a los altares. ¿Por qué será que desde entonces nuestras tierras no se ven representadas en el santoral? Pregunta acuciante que debería servirnos de acicate a todos los americanos.

Antonio Ruiz de Montoya fue uno de aquellos varones que honraron con su santidad de vida y, su acción misionera aquel incipiente pero vigoroso retoño de la Iglesia de España que crecía en América. Poco se conoce de su infancia. Siendo muy niño perdió a su madre, y su padre, don Cristóbal quiso llevárselo a España, pero desistió a causa de una enfermedad que el niño contrajo en Panamá, de donde retornaron ambos a Lima. El P. Techo<sup>21</sup> narra que, cuando era pequeño, Antonio cayó en una cloaca, de donde se le extrajo enseguida. Y el benemérito historiador ve en esto como un pronóstico de la juventud poco edificante de Montoya, de la cual la gracia divina lo rescataría para hacerle emprender el ascenso hacia la perfección.

Poco después de su regreso, murió don Cristóbal, no sin dejar providencias para que su vástago recibiera una buena educación en el Colegio de San Martín, que regentaban los Padres de la Compañía en dicha ciudad.

Privados de los cuidados paternales, luego de una infancia fervorosa, los años mozos de Antonio Ruiz de Montoya fueron agitados y tumultuosos. El mismo resumiría más tarde el período de su adolescencia, afirmando que fue “más profano que los gentiles, esclavo de vanidades y adorador de Venus”<sup>22</sup>. Haciendo la parte que corresponde a la exageración dictada por su humildad, es cierto que su juventud estuvo lejos de ser edificante, aunque en todo momento su fe permaneció incólume. Parece que durante tres años no se confesó, mas oía misa todos los días y se encomendaba a la

---

<sup>20</sup> G. FURLONG, SJ, *Antonio Ruiz de Montoya y su Carta a Comental*. Ed. Theoría, Bs. Aires, 1964, p. 6.

<sup>21</sup> NICOLÁS DEL TECHO (Du Toict), *Historia de la Provincia del Paraguay*. Tomo II, Libro IV, Cap. XI, Madrid 1897, pp. 211 y ss.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 214.

Santísima Virgen, de la que toda su vida fue muy devoto<sup>23</sup>. Ese amor a María no quedaría sin recompensa. Cuando las vicisitudes de esa vida azarosa lo impelieron, primero a engancharse en la milicia, cosa que no llegó a concretar, y luego, a emprender viaje hacia España, la Providencia, que le tenía reservadas grandes cosas en América, interviene y provoca el gran cambio que trocaría al joven alocado y gozador en el santo misionero que conocemos. En su importante obra “Conquista Espiritual”, él mismo nos relata las circunstancias de su conversión<sup>24</sup>: En tercera persona habla de “uno que, deseando hacer un largo viaje, con ánimo de las granjerías que mueven a los hombres a perder el miedo a los peligros, y como el de la mar es cierto, acogiéndose al reparo de una buena y general confesión para cualquier suceso, la cual hizo después de un muy buen examen, con un religioso de la Compañía, el cual le persuadió hiciese unos ejercicios de los que da esta sagrada Religión. El, ignorante no sólo de los maravillosos efectos que suelen causar, pero aun del nombre, dejándose guiar de su espiritual Padre los aceptó. Tres días estuvo en ellos como en galera; porque como las cosas pasadas de sus vanidades y locuras le robasen con arrebatada violencia el pensamiento, que en solo Dios, la muerte, eternidad de pena o gloria deseaba fijar, érale tormento cruel verse sumergido en devaneos y locuras, amigos y pasatiempos, que juzga el mundo por dichosa vida, siendo a la verdad muerte desdichada. Al cuarto día, temeroso de ponerse a la oración como si fuera a un remo, porque allí le apretaba el demonio fuertemente, excitándose a esperanza de algún espiritual sosiego, se sintió con deseos de orar, libre de pensamientos, el entendimiento claro y la voluntad muy bien afecta, y, con asomos de espiritual consuelo, y bien de repente se halló como en región extraña, y tan lejos y apartado de sí mismo como si él no fuera. En este punto le mostraron un grandísimo campo de gentiles y algunos hombres que con armas en las manos corrían tras ellos, y dándoles alcance los aporreaban con palos, herían y maltrataban, y cogiendo y cautivando muchos, los ponían en muy grandes trabajos. Vio juntamente unos varones más resplandecientes que el sol, adornados de unas vestiduras cándidas. Conoció ser de la Compañía de Jesús, no por el color, sino por cierta inteligencia que le ilustraba el entendimiento”.

Esta ilustración -cuya naturaleza no es del caso examinar- tuvo una influencia decisiva en su vida. A su conversión ya iniciada se une ahora la iluminación sobre su vocación a la Compañía de Jesús y, dentro de ella, su entrega a la evangelización de los indios: “Trocósele aquí el despego y desamor que tenía a la Compañía en un entrañable y tierno amor, cobrando singular estima de su instituto y ansias de pedir le recibiesen”; “aquí entendió que Cristo Jesús... le escogía para la provincia del Paraguay, en donde había gran suma de gentiles que sólo esperaban oír las dichas nuevas de las bodas del Cordero, imprimiéndole en su alma un ardiente deseo de emplearse en su conversión”<sup>25</sup>.

Ciérrase entonces una etapa en la vida de Montoya. Decidido a consagrarse a Dios en la vida religiosa, primeramente piensa hacerse franciscano, quizás por temor de no ser admitido en la Compañía, pues no era hijo legítimo; mientras tanto, reanuda sus interrumpidos estudios en el Colegio de San Martín, donde concluye su formación humanística. Superadas con el auxilio divino todas las dificultades, a fines de 1606 ingresa en la orden jesuita. Precisamente por ese entonces se encontraba en Lima el P. Diego de Torres reclutando religiosos para llevar consigo a la recién creada provincia jesuítica del Paraguay, encomendada a su cargo. El novicio Montoya ardía en deseos de incorporarse a esa misión para consagrarse a la conversión de los gentiles que había columbrado en su visión; pero, por consejo de su confesor, a nadie manifiesta su anhelo y se echa confiadamente en brazos de la Providencia. En buenas manos estaba: las circunstancias se combinaron de tal suerte que Antonio Ruiz de Montoya fue llamado a llenar la vacante dejada por la enfermedad de uno de los tres novicios escogidos para integrar la expedición del P. Torres.

En Córdoba terminó su noviciado y en 1608 profesó. Cursó en nuestra ciudad mediterránea los estudios eclesiásticos y fue ordenado sacerdote en la vecina Santiago del Estero por le obispo criollo Fray Hernando de Trejo y Sanabria. Sería por los años de 1611 o 1612, pues en este último,

---

<sup>23</sup> Cf. *ibid.*; cap. XII, p. 217.

<sup>24</sup> *Conquista Espiritual hecha por los Religiosos de la Compañía de Jesús en las Provincias del Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape escrita por el P. Antonio Ruiz de Montoya de la misma Compañía*. Imprenta del Corazón de Jesús, Bilbao 1892, pp. 25 y ss.

<sup>25</sup> *Ibid.*, p. 27.

habiéndosele abreviado los estudios y sin efectuar la tercera probación, fue destinado a misionar en el Guairá<sup>26</sup>. En esas tareas apostólicas pasaría cerca de treinta años, siendo factor preponderante en la fundación de más de una decena de reducciones. En 1620 hizo su profesión solemne y luego fue nombrado Superior de las misiones, cargo que ejerció durante unos catorce años, dando un gran impulso a la empresa evangelizadora. Con ocasión de las correrías de los bandeirantes paulistas, tocóle a Montoya organizar y dirigir la transmigración de unos doce mil neófitos a través de la selva impenetrable, epopeya émula de la Anabasis, que le mereció ser comparado a Moisés por Southey en su *History of Brasil*: “hombre tan extraordinario por su energía y resistencia corporal, como por el fuego de su espíritu, destinado a ser un segundo Moisés para las tribus de una nación que arrancó él de las cadenas de la esclavitud”<sup>27</sup>.

Precisamente para frenar la obra devastadora de los bandeirantes y sus aliados tupís, en 1637 Montoya fue enviado a España. Allí gestionó en la Corte la autorización para que los indios pudieran emplear armas de fuego en su defensa contra los mamelucos. Además aprovechó su estadía en Madrid para dar a la estampa su “Conquista Espiritual” y otras pastorales y lingüísticas.

A pesar de que su permanencia en España era fructuosa, el santo misionero no se sentía cómodo en la Corte y suspiraba con vehemencia por retornar al teatro de su apostolado. En carta al P. Díaz Taño, próximo a partir para las Indias<sup>28</sup> expresa patéticamente: “La carta de V. R. recibí con muy grande gusto y no poca envidia de ver a V. R. partirse para MI PATRIA y quedarme yo en este destierro. No es para mí este ruido, besamanos, cortesías, perdimiento de tiempo...”, y agrega más adelante: “Finalmente, mi Padre, quedo como desterrado, y no hay día que para mi consuelo no finja que ya me llevan al navío, pero, quiere Dios, que sean no más que pensamientos por agora, para que cuando después vuelva por allí, estime más el humilde empleo con mis indios, ajeno de embarazos, libre de emulaciones y cuidados inútiles”.

Xarque<sup>29</sup> refiere esta respuesta del Padre a unas damas madrileñas que, compadecidas de los sufrimientos y privaciones del misionero en el Paraguay, le instaban a quedarse y ejercer su apostolado en Madrid “que es buena tierra”: “Señoras, esta corte de Madrid es muy buena para dejarla por amor de Dios”. Y la dejó de buen grado a fines de 1642, visitando la casa de San Ignacio en Loyola, antes de embarcarse en Sevilla rumbo a Lima, donde habría de realizar gestiones ante las autoridades virreinales en vista de la ejecución del permiso para que los indios pudiesen usar armas de fuego en la defensa de las reducciones.

Obtenido el éxito en sus trámites, puede por fin Montoya emprender el tan deseado retorno hacia las Doctrinas guaraníes. Pero, al llegar a Salta, se topa con una orden de su Provincial, que le manda deshacer camino y volver a Lima para encargarse de diversos asuntos litigiosos de la Compañía. A pesar de su precario estado de salud, regresa el obediente misionero a su ciudad natal, donde a duras penas pudo cumplir parte de su cometido. Vencido por la enfermedad, se durmió en el Señor en una celda del Colegio de San Pablo, el 11 de abril de 1652.

Toda la sociedad limeña asistió a sus exequias, atraída por la bien ganada fama de santidad del apóstol jesuita. Mas sus oscuros hijos guaraníes, que tanto habían anhelado su regreso, no se resignaron a que los restos mortales de su padre descansaran tan lejos de ellos. En consecuencia, pidieron y obtuvieron la autorización de trasladarlos al Paraguay. Un grupo de indios subió a Lima y en marcha triunfal condujo los despojos de Montoya a las Reducciones, en cuyos pueblos se le tributaron solemnes honras fúnebres. Finalmente, el misionero fue sepultado en la sacristía de la iglesia en la reducción de Loreto. Así se cumplió el deseo que él mismo había manifestado en Madrid al P. Manquiano: “No permita V. R. que mis huesos queden entre españoles, aunque muera entre ellos; procure que vayan a

---

<sup>26</sup> Cf. FURLONG, o. c., p. 11.

<sup>27</sup> Citado por FURLONG, o. c., p. 76.

<sup>28</sup> Transcrita por XARQUE en *Ruiz de Montoya en Indias* y citada por FURLONG, o. c., p. 59.

<sup>29</sup> XARQUE, *Ruiz de Montoya en Indias*, III, p. 390; citado por FURLONG, o. c., p. 69.

donde están los indios, mis queridos hijos, que allí donde trabajaron y se molieron, han de descansar”<sup>30</sup>.

Allí descansan, esperando la resurrección, en nuestra provincia de Misiones, cubiertos por la tierra y la maleza que la ingratitud de los blancos, luego de dispersar a los fieles indios y a sus misioneros, ha permitido acumular<sup>31</sup>.

## II. El varón santo

Contemporáneo de los santos hispanoamericanos, Montoya no desmerece de ellos en su ardor en la búsqueda de la santidad. Entre quienes lo conocieron era común la admiración por el virtuoso jesuita. Así, su condiscípulo, el arzobispo del Cuzco, Don Pedro de Contreras y Sotomayor afirmaba: “El Padre Antonio Ruiz no es un santo ordinario, es un gigante en santidad, es un santazo de marca mayor”<sup>32</sup>. El P. Nicolás Durán Mastrilli, que fue su provincial, escribía de él al General de la Compañía: “...varón perfecto, de mucha oración. En la conversión de la gentilidad acomete trabajos con riesgo de la vida. De muy buen gobierno. Fue pecado quitarle los estudios, porque pudiera ser provincial. Imita los pasos de nuestro santo Francisco Javier en el trabajo y discreción”<sup>33</sup>. Y el P. Simón Masetta, obrero de la primera hora en las reducciones, que recibió al joven Montoya en el Guairá y fue testigo de vista de su ardor apostólico, apunta: “Luego que llegó a las Reducciones (el P. Antonio Ruiz) edificó mucho y aún admiró a los Padres que en ellas estaban, con el tesón y fervor con que comenzó, no solamente a perfeccionarse en la lengua de los indios, que hablaba tan expeditivamente como ellos, sino también en todas las virtudes y obras de santidad que ejercitaba... Era hombre de mucha oración y familiar trato con Dios”<sup>34</sup>. El P. Techo, en su ya citada “Historia de la Provincia del Paraguay”, al dar la lista de los componentes de la expedición misionera del P. Torres, menciona a “Antonio Ruiz y Melchor Vanegas, nacidos en las Indias y que tenían fama de ser VARONES VIRTUOSOS”<sup>35</sup>. Y más adelante, hablando ya ex-profeso del Padre, dice que sus compañeros lo llamaban “el santo”<sup>36</sup> afirmando luego, que desde niño “principió a descubrir las recompensas del cielo y lo útil del temor de Dios” y que “concibió extraordinario amor hacia la Virgen”<sup>37</sup>, y se extiende enseguida sobre sus prácticas de penitencia y de oración mental. Opiniones todas estas corroboradas por numerosos pasajes de las Cartas Anuales de los Superiores de la Provincia, pero aún más y con mayor fuerza por los hechos de su vida.

Su infancia fue sumamente pura y piadosa y en él la fe iba creciendo y fortaleciéndose, de tal modo que aún durante el período tempestuoso de su juventud, esa fe no flaqueó aunque su conducta no estuviera en consonancia con ella. Pero una vez dado el paso que cambió su vida, esta fe, operando por la caridad, brilla cada vez con mayor fulgor y fructifica en un filial abandono a la Providencia divina, como lo demuestran innumerables rasgos de su larga vida apostólica.

En una ocasión, encontrábase en inminente peligro de ser devorado por los antropófagos que habían invadido el lugar donde misionaba. Sin inmutarse, Montoya dirige a su compañero el P. José Cataldino, la conocida frase de San Ignacio de Antioquia: *Christi frumentum sum dentibus bestiarum molar, ut panis mundus inveniar*. Padre mío, hoy me parece que será el último de nuestra peregrinación”, y con igual valor, el viejo misionero le responde: “Cúmplase la voluntad de Dios”, y

---

<sup>30</sup> FURLONG, o. c., p. 69.

<sup>31</sup> Según Vargas Ugarte, en Lima se conservan en una urna algunos restos de Ruiz de Montoya, junto con los del P. Alloza y del Virrey, Conde de Lemos (cit. por Furlong, o. c. p. 76). En una carta del P. Ramón Toledo, mencionada por C. Eguía Ruiz en *España y sus Misioneros en el Plata*, ed. Cultura Hispánica; Madrid 1953, p. 219 se lee: “En Loreto en una urna están los restos del P. Antonio Ruiz de Montoya”.

<sup>32</sup> FURLONG, o. c., p. 71.

<sup>33</sup> Citado por FURLONG, o. c., p. 72.

<sup>34</sup> FURLONG, o. c., p. 14.

<sup>35</sup> Tomo II, Libro III, Cap. VIII, p. 45.

<sup>36</sup> *Ibid.*, Libro IV, Cap. XII, p. 217.

<sup>37</sup> *Ibid.*, Libro IV, Cap. XI, p. 212.

prosigue la tarea que tenía entre manos<sup>38</sup>. Se lanza “fiado en la divina Providencia” -según escribe el P. Durán Mastrilli- a la aventura de encontrar en la selva un camino que abrevie las distancias, y como después de un trecho el guía, se vuelve a su pueblo, pues se han agotado sus conocimientos, el P. Montoya se acoge “al sagrado de la misericordia de Dios, rumiando el nombre del Padre, que fue el asunto de toda mi oración; y confiese a V. R. que saltaba de contento de verme desahuciado de todo humano socorro, persuadiéndome que nunca más cerca en mi favor el divino”<sup>39</sup>.

Otra vez, agobiado por el trabajo de atender a los indios en sus cuerpos y en sus almas, lo derriba “una pesada enfermedad de fiebres, que por la posta me llevaban a la muerte; pasé mi trabajo solo, porque me desampararon unos indios que tenía en mi compañía. Una noche pensé ser ya la última, y así, tomando en las manos un pequeño crucifijo que tenía al cuello, poniéndome en sus manos le entregaba el alma con harto consuelo y júbilo de alegría, por verme morir en tan humano desamparo, que aun quien me encendiese una luz en una oscura choza no tenía; dábame gusto el verme amortajado, porque ni aun quitarme las vestiduras había podido. Acudió el médico común con su infinita misericordia, que nunca la niega a los que por su amor se arrojan a estos lances; acudió a éste con prendas de que muy en breve cobraría salud, y así fue”<sup>40</sup>.

En otra oportunidad, habiendo escapado ajustadamente a una muerte segura, al fin de la jornada se detiene con algunos indios para reponer fuerzas. Los pobres neófitos le presentan un improvisado yantar, sumariamente aderezado: raíces, hongos y hojas sancochadas al rescoldo, el todo sobre un mantel de grandes hojas; de copa sirvió otra hoja, sujeta con una espina. El Padre se conmueve, comprobando una vez más que la Providencia jamás abandona a quien en ella confía: “... acabé con hacer gracias al Señor tan suave comida, que realmente lo fue y mucho para el alma; esta me fue ocasión de aprender a perder el temor a la hambre y trabajos sin que jamás en otras semejantes ocasiones me diesen cuidado alguno, sólo me le daba el procurar no disminuir la confianza que se debe tener en la omnipotencia divina”<sup>41</sup>.

Esta fe viva y esta confianza inquebrantable en la misericordia del Señor, que se traducían en la práctica de todas las virtudes, alimentaba y a su vez era alimentada, por una vida de oración intensísima, rara de concebir en un hombre tan extraordinariamente ocupado como el P. Antonio Ruiz de Montoya. Aun en los peores momentos de su juventud, nunca había abandonado del todo la oración. Pero desde su conversión en adelante, orar para él fue como algo natural. En su “Relación de las gracias recibidas de Nuestro Señor”, que trae el P. Furlong al final de su ya tantas veces citado “Antonio Ruiz de Montoya y su Carta a Comental” y que según este historiador fue escrita en 1612, aparece claramente esta constante elevación del alma a Dios desde los primeros años de su vida religiosa. En ese escrito, fruto de una orden superior, Montoya no omite ocasión de humillarse, considerándose el más vil de los hombres: “La primera vez que V. R. me mandó le enviase las grandes misericordias que la Divina Majestad me ha hecho por intercesión de la gloriosísima Virgen María, Nuestra Señora, me pareció no hacerlo (en que confieso mi desobediencia y culpa) por haber dado cuenta a V. R. de ellas ya de palabra; pero visto que, segunda vez, me lo ordena V. R. y manda, quiérola hacer a gloria y honra de Dios Nuestro Señor y la Virgen, su Madre y Señora mía, y para confusión y vergüenza de este miserable”<sup>42</sup>. Narra que, durante unos Ejercicios que efectuó en los primeros tiempos de su conversión, antes de ingresar en la vida religiosa, los cuatro días primeros estuve muy acongojado, porque ni parado ni de rodillas ni sentado podía estar. El cuerpo me pesaba muchísimo. La imaginación todavía en las burlerías pasadas y lo que más me atormentaba era lo que sentía dentro de mí: ‘¿Para siempre has de dejar los deleites, que ayer tenías, y a tus amigos y pasatiempos?’. Aunque más pena me daba el no poder reprimir este pensamiento que no el dejar los amigos y deleites que dejaba. Pero al fin, al cuarto día, estando de rodillas, me pareció que mientras más estaba así, menos me dolían y poco a poco se me iban como adormeciendo los sentidos. Dábame gusto esto, pero de cuando en cuando, temía un poco y yo propio me volvía a despertar. Así como un hombre, que está en

<sup>38</sup> *Conquista Espiritual*, XX, p. 93; Cf. TECHO, o. c., Tomo III, Libro VII, Cap. XII, p. 155 y s.

<sup>39</sup> XARQUE, o. c., transcripto por FURLONG, o. c., p. 33 y s.

<sup>40</sup> *Conquista Espiritual*, XV, p. 68 y s.

<sup>41</sup> *Ibid.*, XXXI, p. 133.

<sup>42</sup> FURLONG, o. c., p. 159.

una sala llena de ventanas y quiere quedarse en recogimiento a oscuras, va cerrando poco a poco las ventanas y mientras más ventanas cierra, más recogimiento siente de sus sentidos, hasta que del todo queda a oscuras, sin ver, oír, ni tocar nada, así le sucedió a mi alma, que poco a poco, me fueron adormeciendo los sentidos sin ver, oír ni oler cosa, pero las potencias muy vivas. Estando yo en medio de esta quietud y dejándome llevar, lo primero que sentí fue un grandísimo desapego de toda cosa criada, buena ni mala, de ser religioso ni de no serlo, como si deseo ni concupiscencia hubiera en mí alguna”<sup>43</sup>. Durante esa oración se sintió “muy aficionado a ayudarlos (a los infieles) para que se salvaran... Conocí los muchos trabajos que se habían de padecer en esto”<sup>44</sup>. Y prosigue más adelante: “Al punto me pareció que Cristo Nuestro Señor venía hacia mí y se me llegó tan cerca que su costado, que estaba manando sangre, me le llegó a mi boca. El consuelo que sentí no se puede decir. Y esto último fue lo que más sensiblemente sentí. Evanuit y quedé tan consolado y tan tocado, que todo cuanto veía me pareció burlería y una gana de oración, que no podía pensar en otra cosa”. Ese deseo de oración ya no le abandonaría más en su vida, por movida y ocupada que fuere: “Desde este día, tuve mucha facilidad en la oración y sentimientos muchos espirituales”<sup>45</sup>, confiesa en esa misma página, y toda su epopeya misionera, narrada en la “Conquista Espiritual”, lo confirma a cada paso.

“Todo el tiempo que estuve estudiando en San Martín tuve por lo menos hora y media de oración mental y los domingos y fiestas tres y cuatro seguidas. Las más veces con grandes sentimientos”<sup>46</sup>. Y eso que él no los buscaba: “... pedí a Nuestro Señor que, si le placía me quitase las consolaciones de la oración, porque andaba acongojado por haber oído decir siempre que el modo de oración de la Compañía era mucha mortificación y que lo demás era engaño y burla, con que pasaba algunos ratos amargos. Pero en la oración siempre estaba certificado que era verdad lo que me pasaba. Estando pues pidiendo esto a Nuestro Señor, de repente me pareció estar metido dentro del costado de Cristo Nuestro Señor con grandísimo gozo. Estando en esto, parecíame no tener más que desear, ni pedir, en los cielos ni en la tierra. No vi nada, pero vi que era gran cosa la que me faltaba (...) Entendí que era la contemplación de la esencia divina y que hasta entonces lo que se me había mostrado era por cosas materiales y que eso otro era muy más superior sin comparación, aunque tampoco eso se podía dar a entender sin algunas imágenes de esta vida”<sup>47</sup>.

Son muchos los pasajes de esa “Relación” que muestran que Montoya había llegado a un grado muy subido de oración. Así termina graciosamente uno de dichos pasajes, refiriéndose a la dificultad de expresar exteriormente lo que su alma había experimentado: “Eso es algarabía, que no puedo dar a entender, pero bien la entendí”<sup>48</sup>.

A lo largo de su “Conquista Espiritual”, naturalmente y sin el menor dejo de ostentación, se le escapan expresiones que señalan su asiduidad en la oración. Así, ya misionero en Loreto, abrumado de trabajo y sin descuidar los múltiples ejercicios de regla, se lo ve robar tiempo al descanso para orar más aún: “Estando yo a media noche en un rincón de la iglesia, encomendándome a Nuestro Señor, sentí por el patio...”<sup>49</sup>. En medio de las tremendas dificultades del éxodo de los indios amenazados por los mamelucos, sólo de la oración sacaba fuerzas para proseguir esa difícilísima empresa, en la que los “trabajos y agonías”, fueron tales (...) que sin encarecimiento pensé tres veces que de dolor y angustia me desamparaba el alma pero acogéndome al refugio de la oración me sentía seguro de la muerte”<sup>50</sup>. Durante esa penosa transmigración, al volcarse una canoa, cayó al agua una india con dos mellizos en los brazos. Para poder salvarse hubiera tenido que soltar a uno de sus hijitos, pero su amor de madre se lo vedaba. El P. Montoya, al verla frente a una muerte segura, se estremece «con un dolor intenso. Y volviéndome al cielo con los ojos destilando lágrimas, acusé mis culpas causadoras de estos desastres,

---

<sup>43</sup> *Ibid.*, p. 163.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 163.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 163, y s.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 164.

<sup>47</sup> *Relación de las gracias recibidas de Nuestro Señor*, íntegramente transcrita en FURLONG, o. c., pp. 159-170. El texto citado se halla en p. 166.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 168.

<sup>49</sup> *Conquista Espiritual*, XIX, p. 88.

<sup>50</sup> *Ibid.*, XXXVIII, p. 154.

*mirando a Dios, que la fe viva representa al vivo*, dije: “Señor, ¿es posible que para esto habéis sacado a esta gente de su tierra, y para que mis ojos se quiebren con tal vista, después de haberseme quebrado el corazón con sus trabajos? Dirán (por ventura) que mejor les estaba ser esclavos, que al fin vivieran, que no morir en el vientre de estos peces”<sup>51</sup>. ¿No vibran acaso en esta recia oración los acentos de Moisés al frente de su pueblo? Y el Señor la escuchó: la abnegada madre y sus dos pequeñuelos pudieron ser extraídos con vida de las aguas<sup>52</sup>.

Narra Xarque<sup>53</sup> que en otra coyuntura, solo y desamparado por los indios que lo acompañaban, Montoya, muy enfermo, se sintió morir: “Abrazóse tiernamente con un devoto crucifijo, compañero inseparable de todos sus viajes, y regalándose con él comenzó a disponerse para aquel último trance con actos muy fervorosos, cuando oyó una voz que le dijo: Ten buen ánimo, que ya viene tu compañero”. Efectivamente, poco después, guiado providencial mente llegó otro misionero “Aún no del todo convallecido de su achaque, fue a decir misa en acción de gracias en una cabaña pobre, que servía de iglesia, y comenzando el *introito* se le presentó de repente la gloria celestial con la velocidad con que un relámpago deslumbra la vista, aunque en su memoria quedó muy vivo y duradero el dibujo de ella, para dar nuevos alientos al alma en los muchos y grandes trabajos que había de padecer”.

En su total entrega al Señor, no arredra a Montoya el peligro de ser comido por los indios, y lo encara hasta con cierto humor: “Ya gracias a Dios estoy bueno, -escribe a su Padre provincial, después de una enfermedad- y tal cual no me asquearan los hechiceros si me agarraran”<sup>54</sup>.

Antes de tomar cualquier resolución importante recurre a la oración: “Acógime a consultar en la oración el divino oráculo; hice una novena a Nuestra Señora... Ha campeado mucho la Providencia que tiene el Señor de los suyos...”, asienta en la misma carta, al referirse a su tercera entrada en las tierras de Tayaoba.

De esta ininterrumpida unión con Dios, que provocaba un mejor conocimiento de la sublimidad del Señor y de la nada del hombre, habría de brotar una profunda humildad y su hija legítima, la obediencia. Cuenta en su “Relación”<sup>55</sup> que se sintió inspirado por el Señor a trabajar en la salvación de los indios: “el alma hacía voto de ayudarles con una humildad tan grande que pluguiera al Señor y siempre estuviese aquella arraigada en mi corazón”. Otra vez le dice a Jesús: “¿Es posible que no pude yo alcanzar, Señor, no ser sacerdote sino coadjutor, porque de esta manera fuera humilde y os sirviera más?”<sup>56</sup>.

Sin detenernos en su delicada fidelidad a las distribuciones de la observancia -más de una docena de veces sonaba cada día la campana de las Reducciones llamando a diferentes ejercicios-, sólo traeremos a colación algunos rasgos tomados de los escritos del Padre o de episodios de su vida. Ya hemos mencionado sus vacilaciones antes de entrar en la Compañía considerándose indigno de formar parte de la misma, A los comienzos de su vida misionera, es enviado por la obediencia a Asunción. Como de costumbre, emprende a pie el larguísimo trayecto por la selva, soportando copiosos aguaceros. A la noche, sin comer nada “el agua que corría por tierra me sirvió de cama, y la que caía del cielo de cobija... Al reír el alba probé al levantarme, pero halléme tullido de una pierna, yerta como un palo y con agudos dolores”. Apoyado en una cruz y arrastrando el miembro enfermo con crueles sufrimientos, llega al puerto de Maracayú. Allí había una canoa de un español, la cual hubiera ahorrado al misionero el trabajo de proseguir la marcha en tan insufribles condiciones; pero el dueño no accedió a prestársela. Montoya, en vez de desesperarse, ve en ese obstáculo un premio del cielo: “Negómela (la canoa), permitiéndolo el Señor para premiar la obediencia. Determiné proseguir mi viaje por tierra, camino de 150 leguas, lleno de indios enemigos y de hechiceros, fiado en que mi viaje era por pura obediencia”. Ese día sólo pudo arrastrarse media legua. A la puesta del sol, se detiene

---

<sup>51</sup> Se refiere a unos temibles peces llamados “culebras grandes”.

<sup>52</sup> *Conquista Espiritual*, XXXIX, p. 161 y s.

<sup>53</sup> Citado por FURLONG, o. c., p. 15.

<sup>54</sup> XARQUE, *Ruiz de Montoya en Indias*, citado por FURLONG, o. c., p. 44.

<sup>55</sup> En FURLONG, o. c., p. 169.

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 170.

bajo un árbol; “Tenía la rodilla hinchada, y los nervios como si fueran de hierro; a cualquier movimiento que hacía me metían lanzas, ni aún un paño tuve para abrigar la pierna, juzgué por el más eficaz remedio la oración; encomendéme a mi glorioso Padre San Ignacio, púsele delante los bienes que ofrece en su carta de la obediencia a los que a ciegas se dejan guiar de esta virtud, y las victorias que cantan los obedientes; gasté buen rato en esto... no me dejaban dormir los dolores; apenas con el cansancio quedé adormecido un poco, cuando sentí a mis pies a san Ignacio, el cual tocándome el pie me dijo: ‘Prosigue tu viaje, que ya estás sano’. Al punto desperté (y no sé si dormía), tenté la pierna y halléla sana”. Así era en efecto. Dio gracias a Dios, y llevó a buen término su viaje<sup>57</sup>.

Esta ciega y humilde obediencia que lo acompaña y hace fructuosa su obra misionera, se destaca peculiarmente cuando ya viejo y cargado de méritos, se ve rodeado por la admiración y el respeto de los que lo conocen. Así, cuando el obispo de Guamanga lo quiere llevar a su diócesis con toda clase de ventajas, Montoya, entonces en Lima a su regreso de España, se excusa cortésmente, y escribe a su provincial: “Hele respondido siempre que Dios me llamó para esa provincia (el Paraguay), y que por ningún interés personal, ni espiritual lo dejaré *por mi voluntad*... Que si mis superiores me lo mandan, *obedeceré* a Dios, y tendré esperanza de buen suceso, pero que por mi gusto nunca lo esperaré bueno”<sup>58</sup>. Y, en la misma carta, humildemente agrega: “Un sujeto tan inútil como yo... Y aunque mi capacidad no se estire a más que a servir en una cocina, podré suplir la falta de un hermano; y en ese puesto estaré más contento que si me hicieran señor de cuanto Dios ha criado. Porque ahí tendrá de mi parte al Criador, tanto más seguramente cuanto tuviera apartado el corazón de las criaturas, de las cuales, cuando más han pretendido encandilarme con sus resplandores, más he huido a la luz y claridad del desengaño”. Su alma respira el *ama nesciri et pro nihilo reputari* de la *Imitación*: “deseo verme allende esos ríos, donde se mojen las cartas y mi memoria no se inficione”, estampa en dicha carta, luego de afirmar que en el Perú se halla rodeado de parientes y conocidos. El sólo suspira por sus indios, pobres y necesitados de toda ayuda espiritual y temporal. Le repugna la vida cortesana y el trato con los poderosos. Así, dícele al Virrey, que mucho lo apreciaba y que después de esto lo apreciará aún más: “Señor Excelentísimo, tan bien parece un religioso en su celda, como un príncipe en su trono haciendo justicia; y aquél parece muy mal en los palacios y casas de los señores cuando a empellones no lo mete en ellos la mayor gloria de Dios, o la caridad y celo del bien común”<sup>59</sup>. Idénticos sentimientos experimentaba en Madrid, cuando por el bien de sus indios debió permanecer un tiempo en la corte.

Estaba en Lima ansiando retornar al Paraguay, cuando recibió una carta del P. Diego de Boroa sugiriéndole la conveniencia de que viajara de nuevo a la Península para seguir defendiendo los intereses de los indios, siempre hostigados por los paulistas. A pesar de su avanzada edad y de sus achaques, su reacción frente a esta eventualidad, que finalmente no llegó a concretarse, es la de un perfecto obediente: “Cuanto a mi ida a Europa -responde al P. Boroa-, digo que soy un escarabajo, pero quisiera que mis superiores me entendiesen, que yo no tengo ni jamás he tenido, desde que entré en la Compañía, propia voluntad. Y que después que estoy en ella, nunca he buscado *quae mea sunt*, antes he inclinado a abrazar con toda mi estimación lo que otros desprecian, y me ha ido muy bien. Ni quiero ir a España, ni volver a esa mi provincia (el Paraguay), ni quedar en Lima, porque me hallo con la disposición de un jumento, que a cualquiera que te tira del cabestro sigue... Yo no vivo en lugar, sino en quien no lo ocupa, llenándolo todo con su inmensidad, porque lo que busco lo hallaré, así en el palacio del rey como en la cocina del colegio de Santa Fe”. Y agrega, como remachando conceptos: “Lo que mí afecto con todas sus ansias desea es servir en una cocina, olvidado de los hombres y sin correspondencia del mundo; y si esto no consigo, llévolo con toda resignación de mi voluntad, porque todo se endereza a cumplir la de Dios y a servir a esa santa provincia”<sup>60</sup>. El humilde se conforma en todo con la voluntad de Dios: hasta en no poder practicar el abajamiento en el grado que anhela. Y aunque ese viaje a España no tuvo que realizarlo, sabemos que por obediencia, desde Salta interrumpió su regreso a las reducciones para retornar a Lima, donde al poco tiempo murió.

---

<sup>57</sup> *Conquista Espiritual*, XIII, pp. 63-65.

<sup>58</sup> FURLONG, o. c., p. 72.

<sup>59</sup> Carta al P. Diego de Boroa, citada por FURLONG, o. c., p. 73.

<sup>60</sup> Carta al mismo, transcrita por XARQUE y citada por FURLONG, o. c., p. 75.



Donde reina la verdadera humildad, florecen las demás virtudes. La vida del P. Antonio Ruiz de Montoya no es una excepción a esta verdad. Desde los primeros tiempos de su conversión sintió una gran afición por la castidad. Escribe en su “Relación”<sup>61</sup>: “Este mismo día -en el que escuchó interiormente a la Santísima Virgen prometerle un rosario-... me sentí muy aficionado luego al punto a guardar castidad y así hice un muy firme propósito de guardarla y de dejar las ocasiones que tenía de caer. El cual propósito he guardado aunque muy poco después hice voto de ello”.

Como custodia de virtudes y con espíritu de reparación practica la mortificación en grado admirable. Ya desde niño, aún antes de conocer cabalmente su valor, nos cuenta en su mentada “Relación” que practicaba la penitencia en forma que hoy nos espantaría: “En acabando de rezar el Rosario, me daba en los pechos con una piedra, con toda mi fuerza, haciendo actos de amor, aunque entonces no los conocía, de que se me hacían cardenales en los pechos”<sup>62</sup>. Luego vino el alejamiento de su juventud, pero desde su conversión, la penitencia no le abandonará más: “Lo restante de la Cuaresma lo pasé en ayunos y penitencias”<sup>63</sup>. Mas no sólo ayunaba en ese santo tiempo, aún después de Pascua leemos que estaba “algo debilitado porque ayunaba entonces, y algunos días comía de veinte y cuatro a veinte y cuatro horas”<sup>64</sup>. Si esto ocurría cuando era seglar, fácil es de imaginar cómo sería durante su vida religiosa, y más aún, a lo largo de su existencia misionera. Algo de sus privaciones de entonces se ha visto al tratar de su conformidad con la voluntad de Dios, y casi no hay página de su “Conquista Espiritual” donde no aparezca Montoya abrazándose a la Cruz con alegría en medio de penurias sin cuento asumidas por amor de Dios y de las almas.

Desde su llegada a las Doctrinas su vida transcurre gozosa en medio de la más absoluta pobreza. Escuchémosle narrar la recepción que le hicieron los veteranos misioneros PP. José Cataldino y Simón Maseta: “Llegué a la reducción de Nuestra Señora de Loreto con deseo de ver a aquellos insignes varones el P. José y el P. Simón. Hallélos pobrísimos, pero ricos de contento. Los remiendos de sus vestidos no daban distinción a la materia principal... Túveme por dichoso de verme en su compañía. La choza, las alhajas y el sustento decían muy bien con los “de los anacoretas; pan, vino y sal no se gustó por muchos años; carne alguna vez la veíamos de caza, que bien de tarde en tarde nos traían algún pedazuelo de limosna... Obligó la necesidad a sembrar por nuestras manos el trigo necesario para las hostias. Durónos media arroba de vino casi cinco años, tomando de ello preciso solamente para consagrar”<sup>65</sup>. Y esta existencia la llevó Montoya durante muchos años. Tenemos un concepto algo idílico de las Reducciones; es cierto que con los años, implantada ya la fe y la civilización, las Doctrinas alcanzaron un grado de progreso y bienestar superior al de muchas poblaciones de españoles; pero al principio, en tiempos de Montoya, *non fuit sic*; todo empezaba y los medios humanos estaban ausentes. Hasta hubo misionero que murió de hambre y de penuria<sup>66</sup>.

Si era pobre su existencia en las incipientes Reducciones, mucho más lo era durante sus expediciones apostólicas: “quitáronme una hamaca y una frazada que eran todo mi ajuar, quedando solamente con lo que tenía vestido, sirviéndome el fuego de frazada contra el frío que era muy grande en las rigurosas noches del invierno”<sup>67</sup>. Ya lo hemos visto en otra ocasión acostarse con el agua cenagosa por colchón y la lluvia por cobija.

Al entrar en las tierras de Tayaoba para un nuevo intento de evangelización: “mi casa fue la sombra de un árbol, y en él tenía una imagen de la Concepción de la Virgen, de media vara, mis armas una cruz que continuamente traía en las manos”<sup>68</sup>. Pero aún en medio de esa pobreza total su generosidad se ingenia para ayudar a los indios. Hay ocasión en que manda vender en los pueblos de españoles su

---

<sup>61</sup> *Relación*, en FURLONG, o. c., p. 162.

<sup>62</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>63</sup> *Ibid.*, p. 162.

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 162.

<sup>65</sup> *Conquista Espiritual*, IX, p. 44 y s.

<sup>66</sup> Cf. *ibid.*, XIV, pp. 65-68 (muerte del P. Urtasum).

<sup>67</sup> *Ibid.*, XXX, p. 128.

<sup>68</sup> *Ibid.*, XXXI, p. 130.

manteo y sotana, Concordancias y Biblia y otros papeles, y hasta los cálices del altar y ornamentos, para obtener lana y algodón, que hace traer desde Santa Fe para vestir a sus guaraníes<sup>69</sup>.

En esta obra maestra que es la vida espiritual de Antonio Ruiz de Montoya, siempre está presente la mano maternal de María, a quien nuestro misionero profesó una muy grande devoción desde su niñez. Ya hemos mencionado sus rosarios infantiles, seguidos de penitencias no tan infantiles ciertamente. En su conversión, el papel de la Santísima Virgen es preponderante. Toda su “Relación” y su “Conquista Espiritual” rezuman sentimientos de filial afecto, confianza y gratitud hacia la madre celestial. A Ella encomienda sus afanes y a Ella atribuye todo lo bueno que realiza y los favores que recibe, desde la conversión de un indio hasta la confección de un tratado lingüístico. “Desde bien pequeño sentí grandísimo afecto a Nuestra Señora y, en esa edad sentía siempre su favor casi milagrosamente en cosas que aquella edad trae consigo”, apunta en su “Relación”<sup>70</sup>.

En los comienzos de su conversión experimentó sensiblemente la intervención de María: luego de escuchar misa en el altar de la Inmaculada Concepción de la iglesia de San Francisco, al acabar de rezar el rosario -con los dedos, por haber perdido su rosario-, le pareció que la imagen le decía: “Hoy, te daré un rosario”. Se sintió muy confortado: “Desde este punto quedé tan trocado, que yo mismo no me conocía”. En la tarde de ese día, de manera imprevista, recibió el rosario prometido, de manos de un padre jesuita: “conque recibí un consuelo grandísimo”, Todo le parecía “burla y juego, y que no había otra cosa de que hacer caso sino de servir a Dios y a la Virgen. Y así desde este día, perpetuamente andaba con el rosario dentro de la faltriquera y rezando rosarios o haciendo actos, procurando andar tratando con la Virgen”<sup>71</sup>. Y toda su vida de apóstol fue fiel a esa línea de conducta.

A María atribuye su entrada en la Compañía y el progreso de sus estudios preparatorios: “La Virgen fue la que me alcanzó todo esto y la que hizo que dentro de un año y medio aprendiese el latín, que había menester para ser recibido en la Compañía”. Y a Ella hace voto de entrar en dicha Orden para ocuparse en la evangelización de los indios, y le ofrece más tarde, su “vida y trabajos que padeciese en el Paraguay”, a donde deseaba vehementemente ir. Una vez que imploraba esta gracia, parecióle oír a la Santísima Virgen que le decía: “No tengas pena, hijo, irás”<sup>72</sup>.

Logrado este favor, cuenta que en los Ejercicios Espirituales que precedieron a su partida: “se me ofreció pedir a la Santa María su amor y así entré en ellos con determinación de alcanzar algún poco, por intercesión de nuestro bienaventurado Padre Ignacio y bienaventurado Javier”. Como ocurre, siempre, María lo lleva a Jesús: “Parecióme que salía por un camino áspero y pedregoso cuesta arriba, por donde iba con alguna aflicción. Al fin del cual está la Santa María muy hermosa que apenas se podía mirarla a causa del resplandor. Lleguéme a Ella con gran confianza, cansado... Parecióme que la Virgen me hizo señal con la mano que fuese hacia adelante, donde topé con Cristo Nuestro Señor, puesto en una cruz, vivo; tenía la una mano puesta en el costado y con los dos dedos abriéndole y haciéndome señas con la cabeza que me llegase a beber. Bebía y no me hartaba...”<sup>73</sup>.

En los momentos de oración extraordinaria, María nunca está ausente; pero tampoco le abandona en los demás menesteres de la jornada: “Acarreando un día piedras de la huerta del noviciado, estando haciendo actos de amor de la Virgen, sentía irme interiormente encendiendo en su amor. Ofrecíle mi corazón por medio del Ángel de mi guarda. Y aunque me cargaba muchísimo de piedras, de rato en rato me parecía que no andaba por la tierra, ni que llevaba carga chica ni grande, y que los Hermanos, que allí andaban, se me figuraban ángeles”. Y María le corresponde siempre con favores de toda clase: “Otra vez estando amando a mi Señora, me pareció verla estando con su Hijo en brazos, y que me le entregaba. La castidad que recibí entonces no se puede decir”. “Viniendo a Córdoba desde Mendoza, se cayó una carreta y no pudieron siete personas levantarla, por estar una rueda en el suelo encajada y otra arriba. Y yo me encomendé a la Virgen y me metí debajo de la rueda, y dije a un indio que me

---

<sup>69</sup> *Ibid.*, XLV, p. 201.

<sup>70</sup> *Relación*, en FURLONG, o. c., p. 159.

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. 161 y s.

<sup>72</sup> *Ibid.*, p. 164 y s.

<sup>73</sup> *Ibid.*, p. 165 y s.

ayudase. Y sin hacer yo fuerza de momento, se fue volviendo la carreta, y el indio había hecho muy poco, como él lo dijo. Y esto fue porque la Virgen nos ayudó”<sup>74</sup>.

Ya desde su llegada a las misiones, llamó la atención de sus compañeros su amor por la Virgen. Así, el P. Maseta habla de su “devoción de Nuestra Señora que era cordialísima, enterneciéndose siempre que hablaba de sus prerrogativas, de sus virtudes y del poder que tiene con Dios. Acudía con gran confianza en todas sus necesidades al amparo de esta Señora, y experimentaba presentísima su amorosa protección”<sup>75</sup>. Ya hemos visto que en sus correrías apostólicas, estando desprovisto de todo, no le faltaba una imagen de María Inmaculada. Toda su predicación y su acción están impregnadas del amor y confianza a esta Señora, cuya devoción transmitió exitosamente a los neófitos. En la “Conquista Espiritual” podemos ver como se esforzaba en establecer congregaciones marianas con los mejores de entre sus indios. En María se apoya en toda circunstancia y a Ella atribuye con razón todos sus triunfos. Así, en 1616, escribiendo a su Provincial, al prometerle el envío del manuscrito de su “Arte y Vocabulario de la lengua guaraní”, expresa: “... V. R. no lo reciba como cosa mía, cuando no lo es sino de Nuestra Señora, que como mis trabajos son suyos y la vida y el corazón que tengo, se dignó hacer este Arte porque después de haberlo yo escrito y leído, hallé que no lo había hecho yo”<sup>76</sup>.

Ante una vida tan perfecta no podía permanecer impasible el maligno. Efectivamente, en muchos pasajes de los escritos de Montoya, aparecen los ataques que a él y a su obra evangelizadora dirigió el demonio. Particularmente en la “Conquista Espiritual” se narran muchos y variados episodios de esa lucha.

La santidad de su vida interior la proyectó nuestro héroe en su apostolado y en su magisterio espiritual, del cual pudo afirmar Xarque “que no fue meramente especulativo como lo es el de algunos *qui dicunt et non faciunt*. No aconsejó punto de perfección o mortificación que él no lo hubiera practicado en sí mismo, con que entraba con grandes bríos a enseñar a los demás”<sup>77</sup>.

### III. El apóstol

En 1612, hace Montoya su entrada en las recién entabladas misiones guaranícas; en ellas permanecerá hasta su partida de Loreto, en marzo de 1637, hacia España. Todo ese período de un cuarto de siglo es un continuo bregar, en medio de penalidades indescriptibles, por la salvación de los guaraníes, a la que había hecho voto de consagrarse<sup>78</sup>. En todo momento es su propósito “... hacer rostro con la verdad del Evangelio al mentiroso culto con que el demonio se hacía adorar”. “A esta provincia (de Tayaoba) acometió con el Evangelio varias veces con peligro de la vida, de que fue repelido, escapando por muy espesos montes, con pérdida del ornamento portátil, su único ajuar...”<sup>79</sup>. Los pormenores épicos de esta campaña de Tayaoba son descriptos por el mismo Montoya en su “Conquista Espiritual” con gran vivacidad. Todo este libro es un valioso documento que deja aparecer la admirable abnegación de aquellos primeros misioneros: “... en más de ocho o diez años, no vimos pan de nuestros ojos”, escribe con sencillez, al narrar la muerte del P. Urtazum, víctima de la total indigencia<sup>80</sup>. La implantación de las reducciones recién comenzaba, todo faltaba, alimento, vestuario, medios de transporte. “Esta conquista que la Compañía hizo fue siempre a pie por más de diez y ocho años, por carecer toda aquella región de cabalgaduras; usamos siempre llevar en las manos unas cruces de dos varas de alto y un dedo de grueso, para que por esta insignia se mostrase nuestra predicación”<sup>81</sup>. Apenas llega al lugar donde proyecta establecer una reducción, levanta una cruz muy alta en un sitio

<sup>74</sup> *Ibid.*, p. 166 y s.

<sup>75</sup> XARQUE, Ruiz de Montoya en Indias, citado por FURLONG, o. c., p. 14.

<sup>76</sup> Carta al P. Pedro de Oñate, 9-X-1616, en *Cartas Anuas*, t. II, p. 156; Doc. para la Hist. Arg.; Fac. de Filosof. y Letr. Bs. Aires 1927; también en FURLONG, o. c., p. 129.

<sup>77</sup> XARQUE, o. c., IV, p. 159; citado por FURLONG, o. c., p. 140.

<sup>78</sup> *Relación*, en FURLONG, o. c., p. 170.

<sup>79</sup> Memorial del P. Ruiz de Montoya, del año 1643, transcripto por PABLO HERNÁNDEZ, *Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús*; Gili, Madrid 1913, T. II, p. 632.

<sup>80</sup> *Conquista Espiritual*, XIV, p. 67.

<sup>81</sup> *Ibid.*, XXI, p. 95.

visible y apropiado. Luego, reparte parcelas a los indios, y comienza, ayudado por estos, la construcción de una choza para capilla y de un precario refugio para el misionero. “Señaléles sitios, y con mucho fervor dieron principio a sus casas y yo a la de Dios, que como es la primera en dignidad, lo debe ser en la grandeza, hermosura y aliño del edificio”<sup>82</sup>. Enseguida, junto con la enseñanza de la doctrina, emprende la instrucción, entablando escuela para los neófitos. Su enseñanza era clara y sencilla: “... le di a entender que había un solo Criador, y que todos éramos hechura suya y El daba los tiempos como le placía, criaba hombres de nuevo y causaba la muerte de otros, sin que a la muerte fuesen de reparo nuestras diligencias”<sup>83</sup>.

El cielo bendice sus esfuerzos, y la semilla sembrada con tanto riesgo y sacrificio comienza a germinar. Así narra él mismo el nacimiento de un pueblo: “... enarbolamos luego el estandarte de la cruz en medio de aquella leonera, porque todas aquellas sierras y quebradas eran habitadas por magos y hechiceros. Fundamos allí una población de 2.000 vecinos, y de leoneras de fieras, donde nunca se había visto sino borracheras, deshonestidades, enemistades, muertes, comerse unos a otros, como acaudillados del demonio, de cuya enseñanza procedían tales efectos, viviendo en una inquietud continua, ya hecha aquella tierra un Paraíso, se oía la divina palabra en la Iglesia, en sus casas antes de dormir rezaban las oraciones voz en cuello, y lo mismo hacían en despertando. En lugar de aguzar huesos para sus saetas, ya labraban cruces para traer al cuello, y con porfía acudían a saber lo necesario para su bautismo”<sup>84</sup>.

No siempre la misión podía establecerse de primer intento. En Tayaoba, por ejemplo, después de correr varias veces peligro de muerte, sólo la tercera tentativa obtuvo éxito. Y para eso, primero tuvo que levantar un pequeño fortín con indios ya cristianos, y desde allí, hablándoles y obsequiándoles con paciencia y mansedumbre, fue domesticando a los futuros catecúmenos: “Juntáronse en aquel campo al pie de 1500 familias, el número de infantes que se bautizaron fue muy grande, llevándose el cielo las primicias de muchos que recién lavados volaron al cielo”<sup>85</sup>. Así nació la Reducción de los Siete Arcángeles, a cuya protección había encomendado su empresa, entrando en la zona con una imagen de los mismos “de vara y media de alto” llevada en procesión durante los tres días que duró la marcha hasta el lugar elegido<sup>86</sup>.

Pero para lograr estos resultados ¡cuántos riesgos tiene que afrontar! Como se ha dicho, los indios practicaban la antropofagia y “nunca se ven hartos de carne humana, y a los mismos niños, como a cachorros de tigres y leones, destetan con ella”<sup>87</sup>. Parece que la presencia de los misioneros despertó entre los salvajes la curiosidad de probar el gusto de sus carnes: “Tenían deseo (como después supe) de probar carne de un sacerdote, que juzgaban era diferente y más gustosa que las demás”. Con estas disimuladas intenciones, entran algunos indios en la choza de Montoya; lo encuentran orando y se sientan a esperar. “Yo proseguí por muy buen rato pidiendo a Dios la luz que le faltaba a aquella ciega gente, para que desechando los errores de la gentilidad, se convirtiesen a su divina fe”. Luego se levanta y comienza a predicarles, pero al rato, cuando les habla del infierno, los malvados desenmascaran su intento y corren en busca de sus armas y de otros cómplices que habían dejado en un monte próximo. Costó mucho a los neófitos que le acompañaban, convencer al Padre para que sin perder momento huyera y, cuando finalmente accede a retirarse, los salvajes lo persiguen descargando una lluvia de flechas que mataron a siete indios cristianos, a los cuales nuestro misionero recordaba con una santa envidia, por haber rendido sus vidas en la difusión de la fe. Las peripecias que corrió en esta ocasión son dignas de una novela de aventuras<sup>88</sup>.

Tantos sufrimientos no fueron inútiles: “Llegaron todas las poblaciones que en aquellas provincias hicimos a 13, en que todos los domingos se predicaba, y todos los días del año se hacía la doctrina; las

---

<sup>82</sup> Carta de Ruiz de Montoya, transcripta por XARQUE (o. c.) y citada por FURLONG, o. c., p. 39.

<sup>83</sup> *Conquista Espiritual*, XXXIV, p. 141.

<sup>84</sup> *Ibid.*, XXXIV, p. 142.

<sup>85</sup> *Ibid.*, XXXIII, p. 140.

<sup>86</sup> *Ibid.*, XXXIII, p. 138.

<sup>87</sup> XARQUE, o. c., transcripto por FURLONG, o. c., p. 37.

<sup>88</sup> Cf. *Conquista Espiritual*, XXX, p. 123 y ss.

confesiones eran muy frecuentes; colocamos en algunas de las primeras (reducciones) el venerabilísimo Sacramento del Altar. En estos pueblos donde asistía este Señor no se sufrían amancebamientos ni otros vicios, comulgaba la gente de estos pueblos cuatro veces al año<sup>89</sup> con muy buena disposición de confesión sacramental, disciplina que ocho días antes hacían, creciendo cada día en el aprovechamiento de sus almas, y echando grandes raíces en la fe, con que florecía toda aquella cristiandad. Celebrábase todos los domingos las Misas en canto de órgano, con muy buenos instrumentos, con que grandes provincias de gentiles que teníamos en las fronteras nos deseaban para que entrásemos en sus tierras a enseñar a sus hijos”<sup>90</sup>.

Para llegar a esos resultados, el misionero debió vencer no sólo las dificultades opuestas por la selva y la índole de los naturales, que ya hemos insinuado, sino también -lo que es más doloroso- la oposición, solapada o patente, de los mismos colonos cristianos, que veían escapársele de las manos la facilidad de obtener, para sus explotaciones agrícolas y ganaderas, la mano de obra barata de los indios. En efecto, los indios reducidos a poblado por los jesuitas estaban exentos del servicio personal, esclavitud larvada que tantas víctimas había cobrado, en especial en los yerbatales de Mbaracayú. Desde el principio de su apostolado misionero tuvo que luchar Montoya contra estos malos cristianos. Ya hemos relatado su primer viaje a la Asunción, a pie y baldado, para defender los intereses de las reducciones. En su “Conquista Espiritual”<sup>91</sup> se nos cuenta el ardid de que se valió para salvar a unos caciques que iban a ser traidoramente ejecutados por una tropa de españoles de Villa Rica. Una vez aquellos en salvo, no tienen ningún empacho en confesar al capitán de la tropa “que la noche anterior les había aconsejado que se fuesen...”.

Durante el éxodo ante la invasión de los mamelucos, un grupo de colonos españoles del Guairá se había emboscado para interceptar el paso de los neófitos fugitivos conducidos por el P. Ruiz de Montoya. La situación era verdaderamente afligente: los indios, cristianos nuevos, se encuentran simultáneamente perseguidos e interceptados por quienes pretendían llevar el mismo nombre de cristianos. Montoya no se arredra. Como buen pastor está dispuesto a jugarse la vida por su rebaño. En consecuencia, decide enfrentarse con esos malos cristianos y malos españoles: “... entré en aquel palenque, seguro de traición, quejéme dando mis razones, a que cerrando los oídos sacaron sus espadas, y poniéndome cinco a los pechos me quisieron tener por prisionero. Salí por medio de ellos ayudado de una sobrerropa que llevaba”. No se da por vencido. Manda a dos padres al fortín español para una segunda amonestación, y ante su fracaso, se presenta de nuevo él con otro misionero. Como sus razones no convencen, recurre a la amenaza: “Valiéndome de maña donde faltaba fuerza, mostré ánimo de pasar a su despecho”. Ante la eventual arremetida de aquella gente acosada, en la que el valor de la desesperación supliría la insuficiencia de las armas, los españoles vacilan, pues “cuando la conciencia aprieta los cordeles aparece la verdad muy clara. Juzgaron su acción por muy injusta y así enviándonos mensajeros, pidieron que les diésemos término y seguro para salir de aquel palenque”. Con lo cual los indios pudieron proseguir su marcha<sup>92</sup>.

Pero las mayores calamidades vinieron a las reducciones por parte de los pobladores de San Pablo, en el Brasil, llamados bandeirantes o mamelucos. Estos hombres ávidos encontraban presa fácil para su vil comercio esclavista en los pueblos de indios cristianos reunidos por los jesuitas. Contra esta gente prácticamente inerme se lanzaban los bandeirantes ayudados por sus aliados, los salvajes tupís. Así, con amargura, luego de pintar el cuadro floreciente de las reducciones, que arriba hemos citado, el P. Montoya estampa en su libro<sup>93</sup>: “Llegó el juicio final de aquellas reducciones y de las esperanzas que había de hacer otras, por medio de los vecinos de San Pablo”.

---

<sup>89</sup> Frecuencia notable si se tiene en cuenta la gran reticencia de los sacerdotes, en general, en esa época, para admitir a los indígenas a la Comunión, a causa de su “débil entendimiento”. Santo Toribio y los Concilios limenses trataron de reaccionar contra esta manera de proceder, insistiendo sobre el deber de sacerdotes y misioneros de instruir a los naturales, removiendo así ese impedimento. Los padres jesuitas estuvieron a la vanguardia de ese movimiento.

<sup>90</sup> *Conquista Espiritual*, XXXIV, p. 142 y s.

<sup>91</sup> *Ibid.*, XXXII, p. 133 y ss.

<sup>92</sup> *Ibid.*, XXXVIII, pp. 156-158.

<sup>93</sup> *Ibid.*, XXXIV, p. 143.

¡Verdaderamente es una negra página de la historia de la humanidad en general, y del Brasil en particular, esta cacería de indígenas cristianos para esclavizarlos y llevarlos en interminables colleras, dejando los pueblos con sus viviendas e iglesias quemadas, los viejos e inútiles asesinados y jalonando las rutas con los cadáveres de los que en la marcha iban sucumbiendo a tan inhumano trato, infligido por cristianos a cristianos!

Fracasados todos los intentos de los Padres para convencer a esas fieras humanas<sup>94</sup>, el P. Montoya, de acuerdo con sus superiores y recabada la licencia de la autoridad española, decide trasladar los restos de las Doctrinas a lugares más seguros. Emprende entonces, con más de doce mil indios y setecientas canoas la célebre peregrinación a través de los bosques impenetrables, venciendo sierras y torrentes, y con los bandeirantes pisándoles los talones. No era tarea fácil. Había que salvar con la gente los enseres más valiosos e indispensables: vasos y ornamentos sagrados, ropa, libros, el pobrísimo ajuar de los naturales, que cuanto más pobre, tanto más les era necesario. Y además, alimentar, mantener en orden, y sostener el ánimo y la moral de aquella pobre gente, acosada y escandalizada por quienes habrían debido darle ejemplo de humanidad y fraternidad.

La retirada fue larga y muy penosa; habría que leer las páginas emocionadas que le consagra Montoya en la “Conquista Espiritual”<sup>95</sup> para formarse una idea de aquellos tres años de padecimientos y privaciones. Los Padres los sufrían a la par de sus hijos y en mayor grado que éstos. Para acudir a sus necesidades no reparaban en sacrificios: “Vendimos nuestros librillos, sotanas y manteos, ornamentos, cálices y arcos de iglesias, enviándolos a la ciudad de la Asunción, por semillas”. Las reducciones situadas en lugares seguros acudieron, en cuanto les fue posible, en socorro de sus hermanos en desgracia, y se distinguió en la ayuda, el vecino de Corrientes, Maestro de Campo Don Manuel Cabral, quien en dos años cedió más de cuarenta mil vacunos para alimentar a esa multitud famélica.

Poco a poco los pueblos se fueron reponiendo y se asentaron en comarcas más al abrigo de los mamelucos, Pero éstos estaban cebados, y el peligro había sido postergado, pero no anulado, Se imponía aplicar medidas de fondo, y para ello se requería la intervención del rey. Con el objeto de obtenerla, la congregación provincial de la Compañía, reunida en Córdoba, decide que el P. Antonio Ruiz de Montoya, viaje a la Corte. Este había tenido que sufrir de la maledicencia: a pesar de su actitud heroica y eficaz en la organización y dirección del traslado de las reducciones, éste, como toda obra humana, adoleció de algunos fallos; no faltó quien acusara de ellos al Padre. En Roma, los superiores ordenaron que, si los rumores que les habían llegado eran fundados, se tomaran medidas para castigar a Montoya. Pero tanto los informes de los otros misioneros como los de los indios restablecieron la verdad, y el abnegado apóstol quedó perfectamente rehabilitado<sup>96</sup>. Así pues, con su fama indemne, en 1637 emprende viaje a España.

En la Península se entrega de lleno a su misión. Es recibido por el Rey Felipe IV a quien presenta dos memoriales impresos “que si Su Majestad se servía pasar por ellos los ojos, se lastimaría su Real corazón y movería el amor de sus vasallos al remedio”<sup>97</sup>. El monarca los leyó de cabo a rabo y encomendó vivamente al Consejo que proveyera los remedios necesarios, como le contó al Padre, algo más tarde, el Consejero de Indias, D. Juan de Solórzano, agregando: “mucho le han picado al Rey sus Memoriales”<sup>98</sup>.

Montoya obtuvo varias reales cédulas con disposiciones harto benéficas para la buena marcha de la evangelización y la salvaguarda de los indios contra todos sus enemigos, especialmente los

---

<sup>94</sup> Los bandeirantes, en su osadía, llegaron a maltratar de palabra y de obra a los misioneros que les disputaban su presa. El P. Cristóbal de Mendoza fue herido de un flechazo; el P. Doménech fue apresado; los PP. Maseta y Mansilla (Van Sürck) acompañaron a pie a sus pobres indios hasta el Brasil y allí realizaron infructuosamente las más difíciles gestiones para obtener su libertad. Cf. *Conquista Espiritual*, XXXV.

<sup>95</sup> *Conquista Espiritual*, XXXVIII y ss.

<sup>96</sup> FURLONG, o. c., p. 55.

<sup>97</sup> P. HERNÁNDEZ, *Un Jesuita en la Corte de Felipe IV*, 73-74, citado por FURLONG, o. c., p. 58.

<sup>98</sup> Carta al P. Francisco Díaz Taño, Procurador de la Provincia del Paraguay, en XARQUE, citado por FURLONG, o. c., p. 58.

bandeirantes. Pero por circunstancias adversas, particularmente la rebelión y ulterior separación de Portugal de la corona española<sup>99</sup>, gran parte de estas medidas no pudieron surtir todo el efecto esperado. De todos modos, una concesión obtuvo que sería de decisiva importancia para la subsistencia de las reducciones: la autorización del uso de armas de fuego por parte de los indios en la defensa de sus pueblos (21 de mayo de 1640). En realidad, los padres que habían quedado en el Paraguay, presumieron de antemano ese permiso, y basándose en el derecho natural de defender a los indios contra los bandidos esclavistas, luego de la partida de Montoya en procura de dicha autorización, consiguieron reunir cierto número de bocas de fuego, con las que los guaraníes cristianos, debidamente instruidos por un hermano ex-militar y capitaneados por el intrépido cacique D. Nicolás Ñenguirú, derrotaron totalmente a los bandeirantes y tupís en la decisiva batalla de Mbororé, en 1641. Desde entonces, salvo esporádicas incursiones desbaratadas a tiempo, las reducciones gozaron de paz y tranquilidad.

En Madrid, Ruiz de Montoya no perdió el tiempo. En los momentos que sus gestiones le dejaban libres compuso y editó su “Conquista Espiritual”, libro que tanto hemos citado y al que la crítica actual otorga notable valor. También redactó cartas y memoriales y vigiló la publicación de otras obras suyas de carácter doctrinal y lingüístico, todas destinadas a facilitar la evangelización de sus amados guaraníes.

Mas su corazón había quedado en las selvas americanas y continuamente soñaba con el retorno. Estando en Madrid adoleció gravemente, y cuando luego de haber padecido, sin mayores resultados, la terapéutica propia de la época, ve que los galenos que lo atendían -aunque más valdría decir, sin mengua de sus buenas voluntades: que lo atormentaban- se juntan para excogitar nuevas pócimas y emplastos, el deseo que tiene de volver a sus indios, le mueve a pedirles que hagan lo posible por curarlo, como con gracejo narraría más tarde: «Apartáronse a un rincón, a tratar de acabar de matarme y movido del deseo que tengo de volverme a esa provincia, les dije: “Cúrenme como quieran, porque no me han de enterrar aquí, que he de volver a mi provincia”»<sup>100</sup>. A América volvería, como hemos visto, pero no a su provincia. La llamada del Padre lo encontraría en Lima, ocupado como siempre en asuntos que la obediencia le había encomendado. Había sido un buen obrero e iba a recibir su salario y descansar por fin. Su obra fue inmensa. Vargas Ugarte<sup>101</sup> la resume con palabra certera: “... la llegada de Ruiz de Montoya a las misiones marca un nuevo período de las mismas, el de su pleno desenvolvimiento y organización, a la cual Ruiz de Montoya cual ninguno, como Superior de las mismas desde el año 1620. Veinticinco años arreo se consagró sin descanso en recorrer selvas y montes, llanuras y esteros, bajo los más ardientes rayos solares, afanoso por reunir indígenas en pueblos o reducciones. En esos años, como él mismo nos dice, recorrió a pie unas dos mil leguas, casi siempre solo o, a lo más, en compañía de unos pocos indios, sin otra arma que un báculo y sin otro consuelo que su breviario y su cruz”.

Partiendo del hecho de que muchas de las fundaciones del P. Montoya fueron de duración efímera, se ha dicho que su apostolado “fue a las veces -a lo menos aparentemente- más extensivo que intensivo”<sup>102</sup>. Sea lo que fuere, sobre todo teniendo en cuenta las difíciles circunstancias de lugar y de tiempo, la grandeza apostólica del misionero y de su obra permanece intacta, y con toda justicia y razón ha podido afirmar el P. Pablo Hernández<sup>103</sup> que Antonio Ruiz de Montoya fue “principal motor de esta admirable obra de conversión de infieles”.

#### **IV. El maestro**

---

<sup>99</sup> Rebelión en Lisboa del 1° de diciembre de 1640 que culminó con la derrota de las tropas españolas en la batalla de Montijo (1644). El duque de Braganza fue coronado rey de Portugal con el nombre de Juan IV. Para más detalles, ver los párrafos que en su obra *La Cuenca del Plata* (Emecé, Bs. Aires 1972) consagra al tema Don Andrés Millé.

<sup>100</sup> Cf. FURLONG, o. c., p. 68.

<sup>101</sup> Citado por FURLONG, o. c., p. 14.

<sup>102</sup> Cf. FURLONG, o. c., p. 21.

<sup>103</sup> P. HERNÁNDEZ, *Organización Social*, Tomo I, p. 11.

En medio de una incansable actividad misionera, sostenida e inflamada -como lo hemos visto- por una ininterrumpida vida de oración y unión con Dios, el P. Montoya encontró tiempo y modo de dejarnos una abundante producción literaria, de carácter espiritual, doctrinal, histórico y lingüístico. El P. Furlong -de feliz memoria- en su “Antonio Ruiz de Montoya y su Carta a Comental”, que tanto hemos utilizado en la redacción de estas líneas, consigna una lista de 48 títulos éditos y 18 inéditos, integrada por cartas, memoriales, informes, y tratados de diversa índole.

Entre sus escritos hay uno, de carácter espiritual, que no ha sido nunca editado, pero que por las referencias que de él dan los contemporáneos y otros autores, es obra de singular valor. Se trata del “*Silex del divino amor y raptó activo del ánima en la memoria, entendimiento y voluntad en que se prende el divino fuego mediante un acto de fe, que es fundamento de esta obra, dedicada a la incomprensible y invisible Magestad de Dios trino y uno, Criador y Señor del Universo*”, más conocido como “*Silex divini amoris*” o simplemente, “*Silex del divino amor*”. Está dividido en cuatro partes: del conocimiento de Dios, especulativo por las criaturas; la pureza del alma necesaria para la divina contemplación; diferencia entre la teología escolástica y mística; sílex pasivo del divino amor en el entendimiento y en la voluntad. Además contiene un tratado sobre la nobleza y descendencia de varón perfecto, devoción de los santos, introducción para la oración, avisos para ella, devoción por las almas del purgatorio e indulgencias para ayudarlas. La obra la escribió Montoya en Lima, para guiar en su vida espiritual al venerable P. Francisco del Castillo, que fuera su amigo y confidente en dicha ciudad. Estuvo a punto de publicarse en Sevilla, donde se perdió durante una epidemia. En el Perú había quedado una copia que Montoya había entregado al P. del Castillo. Parece que en la actualidad se ha extraviado<sup>104</sup>.

Durante su estadía en España, dio a la imprenta su “*Catecismo de la Lengua Guaraní compuesto por el Padre Antonio Ruyz de la Compañía de Iesus Dedicado a la Purísima Virgen María Concebida sin pecado original*”, el que apareció en dicha ciudad en 1639. Es una obra extensa, de más de trescientas páginas; el texto se presenta paralelamente escrito en castellano y guaraní. Estaba destinada a ser un instrumento valiosísimo en manos de los misioneros, pues ponía a su alcance los textos catequísticos en ambas lenguas, haciéndolos partícipes de la larga experiencia apostólica del jesuita límense<sup>105</sup>.

Impelido por sus hermanos de orden, también mientras estaba en Madrid, Montoya compuso, prácticamente a vuela pluma, su “*Conquista Espiritual Hecha por los Religiosos de la Compañía de Jesús, en las Provincias de Paraguay, Paraná, Uruguay y Tape. Escrita por el Padre Antonio Ruyz de la misma Compañía. Dirigida a Octavio Centurión, Marqués de Monasterio*”, la que apareció por primera vez en Madrid el año 1639. Más tarde fue traducida al guaraní y portugués, y en 1892, la Imprenta del Corazón de Jesús publicó en Bilbao otra edición del texto castellano, en 81 capítulos y 309 páginas, que es la que hemos utilizado en este trabajo. La obra fue bastante atacada por su estilo descuidado, su deficiente organización cronológica y la pretendida ingenuidad de algunos pasajes, características explicables dadas las circunstancias en que el autor, apremiado por el tiempo y lejos de fuentes documentadas directas, la escribió. Sin embargo, los autores actuales la han rehabilitado, y consideran a la “Conquista Espiritual” como poseedora de un “gran valor histórico dado su carácter autobiográfico” (Schiaffino). Se destaca en esa empresa reivindicadora el historiador paraguayo, Doctor Efraín Cardozo, quien considera a Montoya como “primer historiador del nacimiento de las famosas misiones del Paraguay”<sup>106</sup>. La “Conquista” es un libro de lectura fácil y amena. Si se lo sigue, teniendo en cuenta la manera de escribir de aquella época, el lector se irá formando un cuadro viviente de lo que eran aquellos lugares y sus pobladores cuando comenzó la implantación de la fe en ellos. Aprenderá muchas cosas de la flora y de la fauna de la zona, tal como aparecían a los ojos atónitos del misionero civilizado; vibrará con simpatía al unísono del corazón del apóstol que está dispuesto a sacrificarlo todo con tal de ganar almas a su Señor; se conmoverá al ver alentar en el espíritu del recio jesuita una muy tierna devoción a la Santísima Virgen; y al cerrar el libro, junto con la admiración por

---

<sup>104</sup> Cf. FURLONG, o. c., pp. 143-148.

<sup>105</sup> Cf. *ibid.*, pp. 123 y s.

<sup>106</sup> Cf. *ibid.*, pp. 110-119.



aquellos egregios varones, quedará en su ánimo el deseo de que obra como ésta sea pronto reeditada, quizás con algunas notas que subsanen las inevitables deficiencias ya anotadas.

A tantos méritos del P. Montoya hemos de agregar su importantísima contribución al conocimiento y práctica de la lengua guaraní. En Madrid, entre 1639 y 1640, publica dos obras lingüísticas monumentales, que lo consagran como eximio filólogo: el “*Tesoro de la Lengua Guaraní compuesto por el Padre Antonio Ruiz, de la Compañía de Jesús, dedicado a la Soberana Virgen María Concebida sin mancha de pecado original*”, de más de cuatrocientas páginas; y el “*Arte y Vocabulario de la Lengua Guaraní*”, de más de seiscientas páginas, también dedicado a María Inmaculada. Ambos trabajos constituyeron, y aún constituyen, un instrumento de gran calidad para el estudio de esa lengua<sup>107</sup>. Por eso, con razón, el P. Furlong, haciéndose intérprete de la opinión de la crítica, ha podido afirmar que a Montoya “como lingüista, el Guaraní le debe la gramática y el vocabulario de mayor autoridad”<sup>108</sup>.

Terminemos esta semblanza de aquel santo misionero y gran americano, transcribiendo las palabras del prestigioso historiador peruano Rubén Vargas Ugarte, que resume así la trayectoria de su ilustre compatriota: “Explorador y descubridor de tierras no holladas todavía por el hombre, el nombre del Padre Montoya debe figurar en la serie de los que han ensanchado los límites del mundo conocido; geógrafo, fue uno de los primeros, o el primero, quizá, que trazó un mapa de aquella vasta región, mapa que mandó delinear en Lisboa y llevó consigo a Madrid; lingüista dio a conocer en su *Arte y Vocabulario de la lengua guaraní* la estructura de este difícil idioma, sin que nadie lo haya superado hasta ahora en su estudio; místico, a pesar de ser hombre de acción, nos ha dejado en sus apuntamientos y, sobre todo, en su *Silex Divini Amoris, Piedra de Toque del Divino Amor*, una acabada guía de los caminos que sigue el alma en su elevación hasta Dios”<sup>109</sup>.

¡Quiera el Señor que la estirpe de varones de tal talla no se haya extinguido en nuestro Continente!

*Abadía San Benito  
Luján*

---

<sup>107</sup> Cf. *ibid.*, pp. 120-122.

<sup>108</sup> *Op. c.*, p. 5.

<sup>109</sup> R. VARGAS UGARTE, *Los Jesuitas en el Perú*, p. 88; citado por FURLONG, o. c., p. 76 y s.